

«Experiencia maravillosa»

El bautismo en el cristianismo primitivo

Georg Röwekamp^{1*}

En el famoso mapa de mosaicos de Madaba, del siglo VI, se representan dos lugares bautismales. Uno se encuentra en el curso inferior del río Jordán, justo al norte del Mar Muerto, donde aún hoy se conmemora el bautismo de Jesús por Juan. En la orilla oriental del río se ve un manantial con la inscripción «Anon, donde ahora (está) Sapsaphas». Y en el lado oeste, entre Jericó y el río, se presenta el edificio de una iglesia, que se describe como «Betábara – el (lugar) de San Juan Bautista». De hecho, el lugar conmemorativo del bautismo de Jesús se encontraba originalmente en el lado este, en un pequeño valle lateral del Jordán (Wadi al Harrar), y hay muchos indicios de que Juan realmente bautizó allí: una vez purificados por el bautismo, cruzaban de nuevo el Jordán, donde, según la tradición, lo habían hecho los israelitas bajo el mando de Josué (cf. Jos 3). Al igual que ellos, los bautizados debían comenzar ahora una (nueva) vida en libertad y según la voluntad de Dios. Sin embargo, en el siglo VI, el lugar «emigró» hacia el lado oeste: era mucho más fácil para los peregrinos llegar a él.

Al sur de Belén, el mapa muestra otro templo con un pozo delante. El lugar no se designa por su nombre, pero la inscripción dice: «Aquí, se dice, San Felipe bautizó al eunuco (llamado) Candace». El texto remite así al relato de los Hechos de los Apóstoles, donde el apóstol Felipe bautiza al chambelán de la reina etíope Candace (!) en el camino de Jerusalén a Gaza:

Éste había venido a adorar a Jerusalén y ahora volvía a casa. Sentado en su carro, leía al profeta Isaías. El Espíritu dijo a Felipe: «¡Ve y sigue a este coche! Felipe corrió y le oyó leer al profeta Isaías. Entonces le dijo: «¿Entiendes

^{1*} Nació en Alemania (1959). Estudió filosofía y teología, especializándose en historia de la Iglesia antigua. Fue director de la oficina en Jerusalén de la Asociación Alemana de Tierra Santa (2016-2019).

lo que lees? Él respondió: «¿Cómo voy a entender, si nadie me guía? Y le pidió a Felipe que subiera y se sentara a su lado. El pasaje de la Escritura que leyó decía: ‘Fue llevado como una oveja al matadero, y como un cordero que calla cuando lo esquilan, no abrió la boca. [...]’. El eunuco se volvió hacia Felipe y le dijo: «Yo te pregunto: ¿de quién dice esto el profeta? ¿De sí mismo o de otro? Entonces Felipe abrió la boca y, basándose en esta escritura, le proclamó el Evangelio de Jesús. Mientras viajaban, llegaron a un lugar con agua. El eunuco dijo: «Mira, aquí hay agua. ¿Qué más se opone a mi bautismo? (Felipe le dijo: «Si crees de todo corazón, es posible. Respondió él: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios). Detuvo el coche y tanto Felipe como el eunuco bajaron al agua y él lo bautizó (Hch 8,26-40).

Esta narración contiene ya los elementos esenciales de la práctica bautismal de la Iglesia primitiva: la preparación basada en una introducción a las Sagradas Escrituras, la cuestión de los obstáculos al bautismo y el bautismo propiamente dicho en agua (viva). La inserción de un versículo (Hch 8,37) sobre la «cuestión bautismal» de Felipe y la confesión del eunuco, que no se encuentra en los manuscritos más antiguos y que, por tanto, suele omitirse en las ediciones modernas de la Biblia, muestra también que este importante tema del «bautismo» influyó incluso en la versión final del texto bíblico. En cualquier caso, la forma específica de la iniciación cristiana se desarrolló más o menos orgánicamente a partir de estos elementos básicos en los tres primeros siglos².

... Basándose en este texto bíblico, le proclamó el Evangelio ...

Estaba claro desde el principio que el bautismo debía ir precedido de una preparación: los Hechos de los Apóstoles relatan varias veces la predicación previa al bautismo (cf. por ejemplo, Hch 2,14-42, en la fiesta de Pentecostés; Hch 10,32-48, en casa de Cornelio). Ya en el siglo IV, Ambrosio de Milán recomendaba el Areópago de Pablo como modelo de catequesis

² Sobre el desarrollo del Bautismo y la liturgia bautismal en el cristianismo primitivo es siempre valioso: Georg Kretschmar, *Die Geschichte des Taufgottesdienstes in der Alten Kirche*, en *Leit.5 Kassel* 1970, 1-348. Cf. también Everett Ferguson, *Baptism in the Early Church. History, Theology and Liturgy in the first Five Centuries*, Grand Rapids 2009.

introductoria al comienzo del catecumenado para los bautizados procedentes del paganismo. (Por cierto, esta catequesis también podía ser impartida por creyentes experimentados). Como en el caso del eunuco etíope, la «prueba de la Escritura» desempeñaba un papel especial para los candidatos al bautismo procedentes del judaísmo: pues esta lectura cristiana de la Biblia hebrea, continuaba la línea del Nuevo Testamento de que la creencia en el mesianismo de Jesús y su resurrección eran «según la Escritura».

Esta instrucción se integró relativamente pronto en un período regulado de preparación para el bautismo: el llamado catecumenado (del griego «*katéchein*» = enseñar). Un testimonio temprano de esta institución es la llamada *Traditio apostolica* (TA), un ordenamiento eclesial difícil de datar, pero que en algunas partes se remonta probablemente al siglo III³. De 43 capítulos, siete se refieren ampliamente al bautismo. En ellos se dice: «Los catecúmenos deben oír la Palabra durante tres años. Pero si uno es particularmente celoso y diligente en el asunto, entonces no debe tenerse en cuenta la duración del tiempo, sino sólo la conducta de vida» (TA 17).

Desgraciadamente, la TA deja en el aire cómo se estructuraba con mayor precisión esta «escucha de la Palabra» y qué temas se trataban en detalle. Sin embargo, está claro que los catecúmenos sólo participaban en la liturgia de la Palabra durante este tiempo y debían abandonar la iglesia antes de que comenzara la Eucaristía.

«¿Qué se opone a mi bautismo?»

En los primeros siglos, el bautismo significaba generalmente una separación radical de los vínculos religiosos y sociales anteriores, así como la aceptación en una comunidad propia con sus propias reglas⁴. El catecumenado servía para preparar este paso. Desde una perspectiva externa o sociológica,

³ *Traditio Apostolica / Apostolische Überlieferung*, traducción e introducción de W. Geerlings (FC 1), 1-348, Freiburg 1991, 143-312. Sobre la datación cf. Ch. Marschies, Wer schrieb die sogennante "Traditio Apostolica"? Neue Beobachtungen zu einer kaum losbaren Frage aus der altkirchlichen Literaturgeschichte, en W. Kinzig – Ch. Marksches – M. Vinzent, *Tauffrage und Bekenntnis. Studien zur sogenannten Traditio Apostolica, zu dem "Interrogationes de fide" und zum "Römischen Glaubensbennntnis"* (AKG 132), Berlin 1999, 1-69.

⁴ Cf. Sobre la posibilidad de considerar una nueva identidad entre otros H. Leppin, *Die frühen Christen. Von den Anfängen bis Konstantin*, München, 2021, p.33-42.

también se trataba de fortalecer la conciencia interna de la joven Iglesia, inmunizándose del mundo exterior y manteniendo internamente los estándares morales lo más altos posible. Para ello había que regular y controlar especialmente el acceso a la Iglesia, según dos de las doce tesis de Wilhelm Geerlings, que se ocupó intensamente de la *Traditio Apostolica* y la admisión en la Iglesia en los primeros tiempos⁵.

Concretamente, al comienzo del catecumenado se realizaba un examen minucioso de los candidatos:

Los que se acercan por primera vez a la Palabra deben ser llevados primero ante los maestros, antes de que entre todo el pueblo, para que se les pregunte por qué se han convertido a la fe. Que los que los han traído den testimonio de ellos sobre si también son capaces de oír la Palabra (TA 15).

También se aclara qué actividades profesionales se interponen en el camino del bautismo y han tenido que ser abandonadas:

Hay que seguir preguntando a qué profesiones y ocupaciones se dedican los que uno trae a la instrucción. Si alguien es propietario de un burdel, debe renunciar a esta actividad o ser rechazado. Si alguien es pintor o escultor, que se le instruya para que no haga ídolos; o debe desistir o ser rechazado. [...] El que enseña a los niños hace bien si desiste; pero si no tiene otra profesión, que se le permita. [...] El soldado que está bajo órdenes no debe matar a un ser humano. Si recibe una orden de hacerlo, no la cumplirá ni prestará juramento. Pero si no está dispuesto a hacerlo, será rechazado (TA 16).

Lo mismo se aplica a gladiadores, organizadores de competiciones, sacerdotes paganos y guardias de templos, así como astrólogos, adivinos, intérpretes de sueños, etc. Un mago ni siquiera debería ser admitido al examen.

⁵ W. Geerlings, *Die Aufnahme in der Kirche*, en W. Geerlings – Th. Sternberg, *Kirche in der Minderheit. Sozialgeschichtliche Untersuchungen-Pastorale Aspekte*, Munster 2004, 29-51; reeditado en *Fussnoten zu Augustinus. Gesammelten Schriften W. Geerlings*, editado por G. Röwekamp (IPM 55), Turnhout 2010, 433-453.

«Si crees de todo corazón...»

El requisito previo para el bautismo era entonces la «fe». El añadido al texto de los Hechos de los Apóstoles (véase más arriba), ya muestra que esta fe debía confesarse antes del bautismo, y cada vez con más detalle con el paso del tiempo.

Parece incierto que el bautismo cristiano fuera inicialmente (también en contraste con el bautismo de Juan) simplemente «en el nombre de Jesucristo» (cf. p. ej. Hch 2,18; 10,48) —y que pudiera haber también otros bautismos, p. ej. en el nombre de Pablo (cf. 1 Co 1,13-15). Sin embargo, desde muy pronto se bautizaba «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Así lo atestigua el Evangelio de Mateo en el mandato final de Jesús de bautizar (Mt 28,19).

Y muy pronto se «pedía» la profesión de fe según esta fórmula trinitaria, a la que seguía un bautismo/baño. La *Traditio apostolica* describe detalladamente el ritual:

A la hora del canto del gallo, primero se debe orar sobre el agua. [En cuanto el bautizado desciende al agua, el que bautiza le impone la mano y le pregunta: ¿Crees en Dios, Padre todopoderoso? Y él bautizado debe responder: Creo. E inmediatamente, mientras tiene la mano sobre la cabeza, lo bautiza por primera vez. Y luego pregunta: ¿Crees en Cristo Jesús, el Hijo de Dios, que nació del Espíritu Santo de la Virgen María, fue crucificado bajo Poncio Pilato, murió, resucitó al tercer día y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre, que vendrá a juzgar a vivos y muertos? Y si dijere: Creo, será bautizado por segunda vez. De nuevo pregunta: ¿Crees en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia y en la resurrección de la carne? El bautizado debe decir: Creo. Y así será bautizado por tercera vez (TA 21).

Esto deja claro que las preguntas bautismales eran también el núcleo de las confesiones de fe positivas, que se fijaban pronto y se entregaban a los bautizados durante el tiempo de preparación —y que también formaban el contenido de los sermones preparatorios (véase más adelante).

«Mira aquí hay agua...».

Incluso el más antiguo ordenamiento eclesial cristiano, la *Didaché* siria de alrededor del año 100⁶, establece (7,1-3):

Bauticen como sigue: Habiendo comunicado previamente todas estas cosas [es decir, la llamada «doctrina de las dos vías»], ¡bauticen en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en agua viva! Pero si no tienes agua viva, bautiza en otra agua. [...] Pero si ninguna de las dos está a tu alcance, ¡derrama agua sobre la cabeza tres veces en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!

La instrucción de utilizar agua «viva» se refiere al agua corriente y refleja, presumiblemente, una costumbre que se venía practicando desde tiempo atrás. En este sentido, el bautismo cristiano primitivo enlaza con la apreciación del agua corriente en el judaísmo: Incluso en las *mikve* se cuidaba que hubiera «agua viva» en ellas. Sin embargo, la *Didaché* también deja entrever el abandono gradual de esta práctica.

Justino menciona, todavía en el siglo II, que el bautismo puede tener lugar «dondequiera que haya agua». Pero muy pronto hubo lugares propios para el bautismo. Por ejemplo, la casa-iglesia en *Dura Europos*, sobre el *Éufrates*, ya tenía en el siglo III un bautisterio integrado en el complejo: el buen pastor estaba representado sobre la pila bautismal, que se encontraba bajo un baldaquino que recordaba al santuario de la Torá de la sinagoga cercana. Otras pinturas representaban, entre otras cosas, a las mujeres junto al sepulcro, a la samaritana junto al pozo y a David (ungido) ante Goliath. A partir del siglo III, como muy tarde, el bautismo solía celebrarse una vez al año en la Vigilia Pascual para todos los candidatos al bautismo, normalmente por el obispo. Las diaconisas ayudaban en el bautismo de las mujeres.

La cuestión de cómo se realizaba exactamente el bautismo de los primeros cristianos es un tema de recurrente debate. La formulación de Pablo desempeña aquí un papel especial:

Porque con él fuimos sepultados en la muerte por el bautismo, a fin de que, como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre,

⁶ *Didache – Zwölf-Apostel-Lehre*, traducción e introducción de Georg Schöllgen (FC 1), Freiburg, 1991, 25–139.

así también nosotros caminemos en la realidad de una vida nueva. Porque si hemos sido configurados con su muerte, también lo seremos con su resurrección (Rom 6,4-5).

¿Debe entenderse que los bautizados se sumergían completamente en el agua para imitar la «figura de su muerte»? Pues la palabra griega para figura (*homoïoma*) también significa « semejanza ».

Las descripciones del bautismo en los sermones utilizados para enseñar a los recién bautizados el significado del ritual apuntan en esta dirección. Así se afirma en las «Catequesis mistagógicas», atribuidas al obispo Cirilo de Jerusalén (obispo 348-387), pero escritas probablemente por su sucesor Juan II (obispo 387-417)⁷:

Ustedes [...] se sumergieron tres veces en el agua y volvieron a salir, simbolizando así los tres días de Cristo en el sepulcro. Así como nuestro Salvador pasó tres días y tres noches en el corazón de la tierra, así ustedes han imitado el primer día de Cristo en la tierra en la primera aparición y la noche en la inmersión. Pues así como de noche ya no vemos, pero de día caminamos en la luz, así también en la inmersión no vieron nada[...] (myst. cat. 2,4).

Sin embargo, dos hechos hacen improbable que el bautismo se realizara por inmersión desde el principio y en todas partes. En primer lugar, las pilas bautismales de los primeros cristianos que se han encontrado sencillamente no lo permiten: en muchos casos eran demasiado pequeñas para que un adulto pudiera sumergirse completamente en ellas. En segundo lugar, todas las representaciones del bautismo de Jesús —incluso en los primeros bautisterios cristianos— muestran al bautizado de pie en el Jordán, mientras Juan vierte agua sobre él. Por lo tanto, la actividad del Bautista —«*baptein*», como «*baptizein*», es un verbo que describe una actividad de la persona que está bautizando— debe haber consistido generalmente en verter agua sobre el bautizado de pie en el Jordán.

Por la «figura», la «semejanza» de la muerte de Jesús, Pablo presumiblemente no se refiere a ser cubierto con agua, sino a la muerte del

⁷ Cirilo de Jerusalén, *Catecheses mystagogicae*, traducción e introducción de Georg Röwekamp (FC 7), Freiburg, 1992.

«hombre viejo» en el momento en que comienza una nueva vida mediante el bautismo. También Lucas utiliza la palabra «bautismo» en sentido figurado para la «inmersión» de Jesús en su sufrimiento (cf. Lc 12,50). Por tanto, probablemente hasta el siglo IV no se añadió la forma de imitación sacramental y figurada de la muerte de Cristo en el rito bautismal a las formas anteriores de «imitación de Cristo» en vida o mediante el martirio. En otras palabras, sólo en esa época el bautismo, en algunos lugares, como Jerusalén, pudo haberse organizado más fuertemente en este sentido y en la dirección de una inmersión real para hacer tangible la idea teológica de morir y resucitar a través del bautismo. La segunda de las Catequesis mistagógicas de Jerusalén afirma:

Realmente con Cristo fue la muerte real [...] y real fue la sepultura [...] todo sucedió realmente con él. Para nosotros, sin embargo, existe una semejanza de la muerte y el sufrimiento, pero no una semejanza de la salvación, sino la realidad.

Las catequesis bautismales tradicionales del siglo IV

En general, una especie de forma clásica de iniciación cristiana surgió en el siglo IV en la Iglesia imperial —mientras que había ritos muy diferentes antes y fuera de los centros⁸. Es gracias a una afortunada coincidencia —que presumiblemente también refleja la importancia del bautismo como el sacramento más importante de la era cristiana primitiva— que no sólo disponemos de disposiciones eclesiásticas tempranas, sino también de catequesis bautismales de cuatro importantes teólogos de la Iglesia primitiva: además de Cirilo/Juan de Jerusalén, se trata de Juan Crisóstomo († 407), Teodoro de Mopsuestia († 428) y Ambrosio († 397)⁹. Además, la peregrina Egeria describe detalladamente el bautismo en Jerusalén en su relato de viaje a fines del s IV, con su preparación y su final¹⁰. De Agustín hay incluso una

⁸ Esto llegaba hasta la iniciación sólo por la unción, es decir, sin el rito del agua. Cf. por ej. S. Myers, *Initiation by anointing*, en St. Li (2001), 150-170.

⁹ Johannes Chrysostomus, *Catecheses, Baptismales / Taufcatechesen*, trad. y presentación R.E. Kaczynski (FC 6, 1-2), Freiburg, 1992; Theodor von Mopsuestia, *Katechetische Homilien*, Trad. e intr. por Peter Bruns (FC 17, 1-2), Freiburg 1994; Ambrosius von Mailand, *De Sacramentis / De Mysteriis*, trad. E intr. por Josef Schmitz (FC3), Freiburg, 1990.

¹⁰ Egeria, *Itinerarium*, Trad. Y presentación de Georg Röwekamp (FC 20), Freiburg 2017.

introducción teórica: *Sobre las primera lecciones catequísticas (De cathechizandis rudibus)*¹¹.

Tanto Juan Crisóstomo como Teodoro pronunciaron sus catequesis preparatorias como presbíteros en Antioquía antes del año 392; o bien cada año un clérigo distinto se encargaba de enseñar el bautismo, o bien el grupo de catecúmenos era tan numeroso que se dividía. También se han conservado cuatro sermones post-pascuales de San Juan Crisóstomo. Es cierto que Cirilo de Jerusalén pronunció 18 catequesis sobre el Credo siendo aún presbítero, en 348, mientras que las catequesis mistagógicas post-pascuales datan de sus últimos años o —como se ha indicado— de su sucesor Juan. Ambrosio parece haber adoptado de Oriente la costumbre de que los recién bautizados no fueran iniciados en los ritos del bautismo y la Eucaristía hasta después de Pascua: subyace en las cinco catequesis llamadas *De sacramentis*, que probablemente fueron coescritas por taquígrafos. *De mysteriis*, en cambio, es un «manual para los recién bautizados» revisado y accesible al público, que sigue guardando cierto secreto en cuanto a los ritos y fórmulas concretas.

Preparación para el bautismo

A finales del siglo IV, la situación ya se caracterizaba por la afluencia masiva de fieles a la Iglesia: ya no existía el peligro de persecución, sino que ser cristiano ofrecía ventajas. En consecuencia, la instrucción en la fe debía ser aún más importante, ya que muchos conversos superficiales querían ser bautizados. En otras palabras —de nuevo en palabras de Wilhelm Geerlings: «Los mecanismos institucionales de seguridad (pueden) desaparecer cuando el entorno ya no reacciona hostilmente o el grupo se ha convertido en líder de la sociedad». En consecuencia, se modificaron los criterios de admisión o rechazo y, por ejemplo, ya no se rechazaba a los soldados.

Sin embargo, en vista de la nueva situación, cada vez más creyentes fueron aceptados inicialmente sólo en el grupo de los catecúmenos, lo que significaba que en cierto modo ya pertenecían a la Iglesia. Al mismo tiempo, rehuían las obligaciones asociadas al bautismo y lo posponían, a menudo hasta el final de sus vidas, como atestigua el emperador Constantino. También influyó el hecho de que el bautismo se asociara al perdón (único)

¹¹ Augustinus, *Vom ersten Katechetischen Unterricht*, trad. W. Steinmann y O. Wermelinger (SKV 7), Munich 1985.

de los pecados: la gente no quería perder esta gracia bautismal. (Sólo con el correr del tiempo surgió la segunda penitencia, y más adelante la penitencia reiterada).

El proceso de preparación bautismal propiamente dicho, tal como se desarrolló en Oriente (aquí: Antioquía y Jerusalén), y de modo similar en Occidente, puede resumirse de la siguiente manera:

Aunque el aplazamiento del bautismo ha sido criticado en repetidas ocasiones, para muchos catecúmenos la preparación concreta para el bautismo sólo comenzaba unas semanas antes de Pascua, concretamente al comienzo de la *Quadragesima*, el período penitencial de 40 días. En un acto especial, uno se inscribía en la lista de candidatos al bautismo. En el caso de Milán, también está atestiguada una confesión formal de los pecados seguida de penitencia en forma de oración y ayuno. A continuación se dieron varios catecismos en los que se explicaba detalladamente el credo. Esto era más necesario que antes en vista del gran número de solicitantes, que a menudo solo tenían información superficial sobre el cristianismo. En un acto aparte se “entregaba” el Credo, que debía ser “devuelto” algún tiempo después (presumiblemente en la forma de una primera profesión).

Durante estas semanas, todos los días después de la misa se realizaban exorcismos; esto se hacía mediante la oración y el “soplo” sobre los catecúmenos. El aire (caliente) se interpretaba como fuego que quemaba todo mal y veleidad en el hombre.

La celebración del bautismo en Pascua

El bautismo propiamente dicho estaba todavía integrado en el oficio de la Vigilia Pascual. Fue concebido como un proceso dramático que tenía como objetivo una experiencia interior de los candidatos al bautismo, como lo muestran en particular los Catecismos de Jerusalén (citados de *myst. cat.* 1-3):

Durante la celebración de la Vigilia Pascual, los candidatos al bautismo eran conducidos al vestíbulo del bautisterio. Allí, mirando hacia el oeste (hacia el atardecer, la «oscuridad visible»), realizaban primero la

«renuncia» a Satanás, a todas sus obras, a su pompa y a su servicio, con las manos extendidas —«como si estuviera presente». Entonces se daban la vuelta y «se abría [...] el paraíso de Dios que Él había puesto hacia el este, y del cual fue expulsado nuestro antepasado». Así, volviéndose «hacia la región de la luz», hacían la «promesa» a Cristo recitando una confesión —también compuesta de cuatro partes—: «Creo en el Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo y en un solo bautismo de conversión». Esta costumbre se había desarrollado en Oriente como contrapartida al rechazo.

Ahora los candidatos al bautismo entraban en la propia casa bautismal: las iglesias o templos episcopales construidos a partir del siglo IV solían tener su propio bautisterio adaptado al significado del sacramento. Allí se quitaban la ropa, lo que fue interpretado como una imagen del despojo del hombre viejo, y al mismo tiempo como una imitación de Cristo desnudo en la cruz. El simbolismo del paraíso también continuaba: «Experiencia maravillosa: Ante los ojos de todos estaban desnudos y no se avergonzaban. Porque en verdad ustedes fueron imitadores del primer ser creado, Adán, el cual estuvo desnudo en el Paraíso y no se avergonzó». Después de la unción, mediante la cual «recibieron una parte del buen olivo de Jesucristo», los candidatos al bautismo eran conducidos a la «fuente santa», «así como Cristo fue conducido desde la cruz hasta la tumba allí» (en alusión a la cercana tumba de Cristo en la *Anástasis*).

Antes del bautismo propiamente dicho, «a todos se les preguntaba si creían en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Esta aparente «repetición» de la confesión de fe ya dicha en la promesa se explica probablemente por la fusión de diferentes tradiciones (confesión/promesa – preguntas bautismales). Además, el triple vertido del agua, tal como se prescribe en la *Didaché*, puede explicarse originalmente mediante tres preguntas bautismales separadas. Pero como sólo se hacía una confesión sencilla, era posible o incluso obvia una interpretación de los tres días en la tumba, tal como la hizo por primera vez Cirilo/Juan.

El bautismo propiamente dicho puede ser llamado de diferentes maneras: Juan Crisóstomo habla de «baño de renacimiento», «iluminación», «inmersión», «sepultura», «circuncisión» o «cruz».

Al bautismo le seguía la «unción con el Espíritu Santo» en la frente, las orejas, la nariz y el pecho, «como imagen de aquello con lo que fue ungido Cristo (después de su bautismo en el Jordán)». Al mismo tiempo, esto se experimenta como el ponerse un «escudo protector»: como el Salvador en el desierto, «después del santo bautismo y de la unción mística, también ustedes afrontaron el poder adverso y lo han combatido revestidos con la armadura del Espíritu Santo» (cf. Ef 6,14).

Curiosamente, esta «confirmación» en Milán parece haberse realizado sin aceite. Aquí estaba en primer plano la idea del «sello», de la marcación con la cruz, posiblemente un reflejo de la teología occidental, que se expresa con más fuerza en términos jurídicos. Una particularidad era que antes del inicio de la ceremonia bautismal se realizaba el rito *Effatá* (cf. Mc 7,34) para «abrir los sentidos», así como el lavatorio de los pies de los recién bautizados después del bautismo. Se refería a las palabras de Jesús: el que sale del baño sólo necesita que le laven los pies (cf. Jn 13,10). Al mismo tiempo, por supuesto, esto fue —como lo pretendía Jesús— una introducción impresionante, y sensiblemente tangible, a la actitud de servicio que ahora los bautizados debían mostrar unos hacia otros.

Después del sello/unción, los bautizados se vestían con nuevas vestiduras blancas, que eran entendidas en Jerusalén como símbolo de la salvación y la alegría que envuelven a los bautizados —y de las nuevas obras en las que ahora deben «caminar». Las llevaban hasta el siguiente domingo «blanco» (*In Albis*, final de la octava de Pascua).

Durante la noche de Pascua, los recién bautizados participaban por primera vez en la celebración eucarística: eran recibidos por la comunidad con un abrazo y un beso (de paz). En su explicación de esta celebración, Teodoro de Mopsuestia, en particular, muestra que ya era entendida como una imagen de la liturgia celebrada en el cielo.

El seguimiento mistagógico del bautismo

Ya se ha mencionado la costumbre del «seguimiento del bautismo» en la semana previa al «Domingo Blanco». Egeria describe en detalle los sermones después de la celebración matutina en Jerusalén, incluyendo el entusiasmo oriental y un servicio de traducción para todos:

A esta hora ningún catecúmeno tiene acceso a la Anástasis, sino que en la Anástasis *sólo* entran los recién bautizados [Egeria utiliza el término prestado «neofiti»] y los fieles que quieren escuchar algo sobre los Misterios. Las puertas están cerradas para que ningún catecúmeno pueda entrar. Mientras el obispo explica e interpreta todo individualmente, los gritos de los entusiastas oyentes son tan fuertes que sus voces se pueden oír incluso lejos de la iglesia. Porque les revela todos los misterios de tal manera que nadie puede quedar impasible ante lo que oye explicado de esta manera. [...] Y como el obispo sólo habla griego, y nunca siríaco, aunque habla fluidamente siríaco, siempre hay un sacerdote allí para traducir al siríaco. [...] Pero para que no se pongan tristes los latinos que están aquí y no saben ni siríaco ni griego, también a ellos se les explica, porque hay hermanos grecolatinos que se lo explican en latín (Egeria, 47,2-4).

Como ya hemos dicho, los ritos de iniciación propiamente dichos en Jerusalén (y Milán) recién empezaban a ser interpretados: el predicador en Jerusalén estaba convencido de que «ver es mucho más convincente que oír» y que los candidatos al bautismo, a través de la experiencia de la Vigilia Pascual, «son mucho más receptivos a lo que se debe decir» —¡confianza notable en el poder de los ritos realizados sin comentarios! Ambrosio incluso dice, en referencia a la llamada «disciplina del arcano»:

Si hubiéramos pensado que debíamos comunicar esto, antes del bautismo, a personas que aún no habían recibido la iniciación, habríamos sido considerados traidores en lugar de maestros. Además (expliquemos esto ahora), porque la luz de los misterios se derrama mejor en el ignorante que si hubiera sido precedida por una explicación (myst. 2).

En Antioquía, donde los ritos del bautismo se explicaban antes de la Pascua, la instrucción posterior a la Pascua tenía, en consecuencia, un enfoque diferente. Los días de la semana de Pascua eran considerados «días de bodas espirituales» (las bodas también se celebraban durante siete días), durante los cuales, según Crisóstomo, «se pone la mesa espiritual, que está llena de mil bienes» (cateq. 3/5,24). De hecho, los catecismos sirvieron principalmente para reforzar las reglas del nuevo estilo de vida como cristianos.

Final

Respecto al bautismo de adultos cada vez más popular, la Iglesia actual de la era post-constantiniana parece oscilar entre simplificar el acceso a la Iglesia («celebraciones bautismales» de bajo umbral con la posibilidad de recepción incluso espontánea del sacramento) y renovar la preparación bautismal estructurada con el bautismo preferiblemente durante la Vigilia Pascual, o «recuperación» del catecumenado incluso para las personas recién bautizadas («neocatecumenado»). Ciertas similitudes entre la situación actual y los primeros tiempos de la Iglesia parecen sugerir la reintroducción del catecumenado. Ésta es también una de las tesis finales de W. Geerlings. Para él, parece claro que las mayores expectativas sobre la credibilidad de la Iglesia en las condiciones actuales prácticamente obligan a formular nuevos criterios y mecanismos de selección, pero también nuevas formas ritualizadas de transmitir la religiosidad. De hecho, la experiencia muestra que al menos la recuperación de una forma originaria de bautismo en agua viva (por ejemplo en ríos y lagos) o en pilas bautismales que permiten el bautismo de todo el cuerpo, contribuye a que el bautismo sea vivido de nuevo como el inicio de una nueva (fase) de vida. Naturalmente, los pasos siguientes que deben darse aún están pendientes.

Traducción: Alberto Espezel.